

italianas, no había muerto, sino que encerrado en lo más interior de su castillo y empuñando la espada vencedora en cien lides, aguardaba con impaciencia el momento de salir á la defensa de sus ultrajados sucesores, y de aquí la fábula de los reyes y de los personajes, que, como otros Elías, no podían morir, porque la Providencia los destinaba á sostener perpetuamente una idea salvadora de independencia ó de justicia despues de largos eclipses de varias centurias. Nuestro Cid, despues de muerto, ganaba todavía batallas y hasta ciudades á los moros. No pocas veces las víctimas de injustas persecuciones y procesos, Juana de Arco, Jacobo de Molay, los hermanos Carvajales, emplazaban á sus verdugos ante el tribunal de Dios, allí donde, como dice el apóstol de Patmos, no habrá tinieblas que oscurezcan la verdad ni se derramará ninguna lágrima. Estas ideas, sostenidas durante la Edad Media, hacían que la muerte reinase sin rival en la cultura de aquellos siglos y que realmente ejerciese sobre las almas una influencia mayor que la que ejerce ahora.

Allá en el fondo de sus mágicos laboratorios buscaban los alquimistas, sin cansarse jamás, el secreto de la inmortalidad, y los astrólogos, desde los observatorios elevados por la superstición, buscaban en la ilimitada extensión del cielo el presagio de todos los acontecimientos de la vida humana. No trataban, como los egipcios, de conservar perpétuamente los cadáveres con una caricatura de vida, sino de perpetuar la idea de la misma vida en las conquistas de la ciencia, habiendo entre ellos algunos, como Nicolás Flanel, de París, que se distinguían por sus actos de beneficencia y por su nunca desmentida caridad para con los pobres. Religiosos como Alberto el Magno y Raimundo Lulio; papas como Silvestre II; reyes como Alfonso el Sabio, de Castilla, se asociaban á este universal movimiento, al que tampoco eran extraños próceres como el marqués de Villena y muchos doctores de las universidades. Inútil es advertir que la ciencia humana, encerrada en los límites de la razón, como el pájaro en la jaula, no conseguía el objeto de su ambición; pero la Providencia promovía de tal suerte los adelantos del saber, que los delirios de los alquimistas y de los astrólogos vinieron á convertirse en los positivos descubrimientos de los siglos xv y xvi, en el renacimiento filosófico del xvii; y salvando el largo paréntesis materialista del siguiente, en las prodigiosas invenciones del nuestro, que parece completar este gran desarrollo de la historia.

No se inclinaban entónces los ánimos al pesimismo de los Hartmann y de los Schopenhauer, ni á un los místicos que producía la civilización cristiana de la Edad Media, incluso el mismo Gerson, renunciaban completamente á la existencia individual y activa que quisieron proscribir los budhistas en la India y los panteístas en diferentes periodos históricos; resultando de todo esa extraña mezcla de trabajo y de reposo, de fe y de duda que caracteriza la Edad Media, en la que ciertamente puede formarse más largo catálogo de herejías que el producido por el moderno desarrollo y la degeneración de los sistemas filosóficos.

El plan de los modernos cementerios, con algunas reminiscencias de las *catacumbas* y de los *columbaria* de los romanos, representados en las obras de Santo Bartoli, se ha inspirado indudablemente en los orientales, que representados por diversos pueblos trataron íntimamente, durante siglos, con muchos de Europa. A los que visitan la Turquía y la Persia sorprende agradablemente ver en medio de las ciudades unos como kioscos ó jardines, en los que se elevan preciosos monumentos funerarios de sus príncipes y sacerdotes, no visitados un solo día por la multitud, sino frecuentados por los habitantes de la población, de la que vienen á ser núcleo y sobre la cual parecen extender su bienhechora influencia los manes de los antepasados. A estos modelos parecen ajustarse las necrópolis de nuestras grandes capitales, cuajadas de numerosos y copudos árboles y pobladas de monumentos aislados en que lucen toda su belleza mármoles y bronce. Plantas exóticas ostentan su lujosa vegetación junto al ciprés, amado de Apolo, que aún no ha perdido su clásica significación en las cercanías de las tumbas, como tampoco el sauce ni la siempreviva, celebrados, aquél en los escritos sagrados de los israelitas, y ésta en las melancólicas poesías de los

alemanes. Los antiguos creían que en la corola del jacinto había dejado escrita una sentida elegía el dios de la inspiración y de las artes en recuerdo de un su amigo, á quien había quitado la vida jugando. Sobre la tumba de Virgilio, en Nápoles, figuráronse también que nacía periódicamente un laurel para que nunca faltasen verdes coronas al príncipe de los cantores romanos. Abderrahman, el fundador omniada del califato español, había plantado una palmera en nuestro suelo, que fué tumba de sus ilusiones y deseos del trono en Oriente y cuna de una dinastía, eternamente querida de los poetas y de los sabios, á la manera que Diocleciano, regando las flores de su jardín de Salónica se consolaba de haber renunciado al imperio del mundo. Las plantas, como emblema de la muerte y de la resurrección, se han asociado siempre naturalmente, cualesquiera que fuesen, á los sepulcros, excepto en las catacumbas, donde como símbolo del mayor de los triunfos sólo figuraba la palma.

Las luces llamadas inextinguibles por los antiguos tenían la misma significación encerradas en los sepulcros; las joyas, las armas ofensivas y defensivas, y hasta las mujeres, niños y esclavos enterrados con los jefes de ciertas tribus salvajes, no representaban otra cosa que esa continuación de la vida más allá de los límites de la terrena; y el poético uso de ciertos pueblos americanos, recordado por Millevoye y Chateaubriand, el de derramar las madres la leche de sus pechos sobre las tumbas de sus hijos muertos en los primeros años de la existencia, puede explicarse por la misma idea de la inmortalidad, aunque groseramente comprendida. Sabido es, por otra parte, que á pesar de la ciencia de griegos y romanos y de su filosofía espiritualista, los bienaventurados de los Elíseos Campos se ejercitaban en las mismas artes y se entregaban á las mismas diversiones en que se habían ocupado cuando eran viadores sobre la tierra.

En el mundo de Occidente como en el Oriental, la preparación de las momias significó la misma idea de la otra vida. Los *guanches* de las Islas Canarias y los antiguos peruanos tienen esta semejanza con los egipcios. Creían tal vez, en opinión de algunos autores, que mientras no se disolviese por completo el cuerpo, desapareciendo hasta su postrer átomo, la chispa de la divinidad que formaba el alma no rompería del todo su íntimo é inexplicable consorcio con la materia. *Divina particula auræ*. Nuestros lectores habrán hojeado alguna descripción de las catacumbas de Roma, Siracusa ó París, esos tres diversos tipos de necrópolis subterráneas ó hipogeas en que tanto han estudiado los arqueólogos, sobre todo en las primeras, obteniendo curiosísimas noticias para la historia de las instituciones eclesiásticas y de las obras de arte; si alguna vez han leído los que recorran estas líneas las vidas de los santos contenidas en la enciclopedia histórica llamada *Año Cristiano*, habrán encontrado aquí y allí multitud de nombres que designan los fundadores de otros tantos cementerios de la Ciudad Eterna, que como un ceñidor de piedra la circundaban por todas partes. Méenos conocida, pero también notabilísima en su género, es cierta necrópolis de la moderna Burdeos, que describen todas las guías de los viajeros; pero pocas ó ninguna entre las obras arqueológicas: en ella se conservan, como en un lúgubre bazar de la muerte, armaduras, trajes, uniformes y libreas sobre los mismos esqueletos, que desempeñan el papel de los maniqués en el estudio de los pintores, y á su vista se reconocen fácilmente siglos enteros de la historia de Francia y se despiertan en el ánimo del viajero tan extrañas como penosas impresiones. Al lado de los cementerios formados por un mismo plan que se observan en todas las modernas capitales de Europa, junto al mismo Greenwood, de New-York, que ostenta todas las bellezas de este género, la colección mortuoria de la iglesia de San Miguel en Burdeos representa una especialidad tan digna de estudio, aunque por otro concepto, como la celebrada de las Catacumbas.

Dentro de breves días recibirán los cementerios la acostumbrada visita, resonarán los ecos de galerías y capillas con los cánticos de la Iglesia, y la luz de los cirios de color alumbrará con ténue y mortecina claridad aquellos vestíbulos de la muerte. Siempre que recorremos los cementerios en semejantes ocasiones recordamos que un venerable monumento de historia y legislación eclesiástica, el Concilio de Elvira, había prohibido el uso de vigiliias y luminarias sobre las

tumbas de los fieles *para que no se inquietasen sus ánimas*. Para explicar este canon, bueno será tener en cuenta que á tales ceremonias deberían mezclarse en España á principios del siglo iv algunos ritos gentílicos, que los Padres desearían proscribir con su terminante y rigurosa prohibición; pero de todas suertes merece llamar nuestra atención un precepto que no deja lugar á duda. ¿Qué hubieran dicho los Padres de Elvira si levantándose de sus sepulcros hubieran presenciado la especie de romería que anualmente se celebra desde antiguo entre nosotros el 1.º de Noviembre, convirtiendo en reunión profana lo que sólo debería ser acto tristísimo de piedad y religión? Enhorabuena que se visiten en ese día las iglesias y que en ellas se implore la misericordia divina en favor de las almas de nuestros mayores, amigos y enemigos, que consumaron ántes que nosotros la peregrinación de la vida; pero ante los altares, más que sobre los sepulcros, es donde deben elevarse á Dios esas fervientes plegarias. Además, el dolor, cuando verdaderamente existe, no es muy comunicativo, y así no se comprende una luctuosa solemnidad acompañada de reuniones populares, como la del mencionado aniversario. Se comprende que, según cierta venerable costumbre de los pueblos septentrionales de Europa, el puesto que en la mesa de familia ocupaba el jefe de ésta no se ocupe durante mucho tiempo, y que dejándolo vacío, el primogénito tome asiento en el inmediato; así se recuerda á los padres todos los días y á todas las horas sin la acerbidad de la primera pena que causó la muerte y con el dulce sentimiento que á la larga produce la pérdida de aquellos que nos fueron queridos; pero lo que no se comprende es que todo un pueblo cuente en el número de sus diversiones la visita de los sepulcros y el aniversario de los muertos, á cuya veneranda memoria, desentendiéndonos de todos los demás asuntos que pudieran distraer nuestra piadosa atención, hemos consagrado la presente Revista. La idea de la muerte nos conforta para los males de la vida, y la religión y la filosofía tuvieron razón cuando dijeron:

«Si quieres morir bien una vez en realidad, muere con el pensamiento muchas. *Statutum est hominibus semel mori.*»

No conservaríamos á esta Revista el carácter que á todas las nuestras hemos dado, si no hablásemos algo de la moderna superstición del espiritismo, que en su forma actual importada de la América del Norte ha hecho tantos progresos en Europa. Sobre la verdad incontestable de la existencia de lo sobrenatural que niega el materialismo del siglo presente, y sobre el principio de que lo natural y lo sobrenatural pueden entrar en relación, aunque olvidando que esto sólo sucede cuando lo quiere Dios, autor de ambos mundos, se ha trazado un sistema que no resiste el exámen de la razón ni se explica del modo que pueden explicarse los misterios del cristianismo. Cantú, en su obra *Los herejes de Italia*, ha descrito con mucho acierto los primeros pasos de esta doctrina, que aspirando á ser completamente espiritualista, se apoya en fenómenos físicos mal estudiados y mal interpretados. Cuatro ó cinco libros ininteligibles de Allan Kardeck han bastado para darla á conocer, y la novela titulada *Espírita*, de Teofilo Gautier, ha hecho penetrar esta creencia en la literatura. Quién ha negado la posibilidad de que existan semejantes comunicaciones; quién, concediéndoles alguna realidad, las explica por obras del demonio. Como quiera que sea, relacionada ó no esta hipótesis con la metempsicosis de Pitágoras, con la pluralidad de mundos habitados de Fontenelle, de Flammarion y otros, ni puede llamarse religión ni filosofía, por más que entre sus partidarios pretenda ser sistema y dogma. A las almas verdaderamente sensibles y afligidas no hay que brindarles falsos consuelos, que sin curar las heridas del corazón oscurezcan las inteligencias; no hay que apartarlas de las turbias corrientes del materialismo precipitándolas en los torbellinos de un espiritismo exagerado, y esto es precisamente lo que han hecho Allan Kardeck y sus secuaces. Una pobre familia americana, cuya historia puede leerse en el *Diccionario Enciclopédico* de Larousse, artículo *Spiritisme*, contando con la inclinación á lo sobrenatural, que ciertamente no puede desarraigarse del corazón humano, pudo extender una doctrina que ni es nueva ni buena, ni logrará resistir al combate que contra la misma tienen igualmente empeñado materialistas y espiritualistas.

Los consuelos para nuestros males, los avisos para el porvenir no están ni pueden estar en la punta del lápiz automático; más cuerdo fuera figurarnoslos como hacían los antiguos médicos y filósofos, en los oráculos del sueño ó en las misteriosas voces que nos hablan desde lo íntimo de la conciencia: *est Deus in nobis*, como decía el poeta. La regla evangélica de *juzgar los árboles por los frutos* aplicada al espiritismo, nos ha dado á conocer la falta de sus fundamentos y la vanidad de sus promesas.

Concluyamos con estas palabras de Du Boys Raymond, rector de la Universidad de Berlín: «Las tontearias espiritistas que tanto han perturbado los espíritus en América, en Inglaterra y en Leipzig, no son otra cosa que la mágia de los antiguos revestida de un traje moderno.» ¡Y para esto vivimos en el siglo XIX, que parece el pavo real de los siglos!

* * *

El 6 del pasado Setiembre, un horroroso huracán ha devastado toda la parte meridional de la República de Santo Domingo, produciendo incalculables desgracias. La prensa de aquel país se dirige á la de todo el mundo, invocando la confraternidad literaria para que excite la caridad en favor de tantas víctimas. No seremos nosotros de los últimos que respondan á ese llamamiento que nos hace la tierra predilecta de Colón, la que por dos veces floreció á la sombra de nuestra bandera y llevó por autonomasia el nombre de *Española*.

* * *

El Gobernador del Estado de Bolívar (Colombia), D. José R. Pareja, ha dicho en su discurso pronunciado en las fiestas del Centenario: «Las banderas de las cinco repúblicas libertadas por Bolívar son las mejores insignias de su gloria, y el cariño maternal con que España las abraza, la vindicacion más solemne de la justicia de su causa.» No nos toca glosar este párrafo; pero sí complacernos de que nuestra bandera haya paseado en triunfo, con las de las nuevas naciones, tantas ciudades del Nuevo Mundo, protegiendo también con su sombra gloriosa el retrato de Bolívar. Acallados los gritos del combate, queda la celebridad merecida por los grandes hombres y los héroes, sobre todo cuando vieron sobre su frente aún más espinas que laureles, porque éstos los da la posteridad y aquellas los contemporáneos.

* * *

Nuestro respetable amigo el Sr. D. Francisco Javier Balmaseda ha sido honrado por el Gobierno de Colombia con el encargo de escribir la historia de este país desde 1810. Siguiendo el renacimiento de los estudios históricos hispano-americanos, y para celebrar el centenario de Bolívar, aquel Gobierno ha creído que ningún monumento mejor podrá elevarse á la gloria del libertador de Sur-América. Sabemos que el señor Balmaseda intenta trazar la historia desde ántes de la dominacion española, y esperamos de su reconocida ilustracion y amor á las cosas de América que dará nuevo esplendor á los trabajos de Torrente, Tejera, Baralt, Gay y otros escritores que á tales materias han dedicado su pluma.

* * *

Las Noticias de París, periódico al que se supone inspirado por altas influencias, publica en su número del 21 un artículo titulado *Alfonso XII en Cuba*. Dicho artículo podrá haberse lanzado como un globo explorador para investigar las corrientes de la opinion; pero quizá resulte ser una boya que indique un peligro oculto en el seno de los mares. Que conviene tanto á España como á los países americanos un viaje del Rey á Cuba, ¿y por qué? ¿No puede haber aprendido *Las Noticias* que no siempre son oportunos estos viajes? Que el Príncipe de Gales ha visitado la India: el Príncipe no es todavía Rey de la Gran-Bretaña é Irlanda, ni Emperador de los países que riega el Ganges. Que la confederacion de Centro América está para formarse: *Las Noticias* olvida que se oponen á ello algunos de los que debieran componerla, y que en todo caso con esto nada habrá ganado inmediatamente España. Que importa oponer á la confederacion americana de los anglo-sajones otra de pueblos latinos: ventajoso sería; pero no es para tan pronto. Que afluirían capitales nacionales á Cuba para la construccion de ferro-carriles: no creemos que llevase el viaje la lámpara de Aladino para levantar alcázares

ni constituir emporios donde actualmente no pueden levantarse. Que el Rey D. Alfonso visite además los Estados-Unidos de América: esto no parece conducente á formar la gran confederacion de españoles é hispano-americanos. Que la ida del Rey á Cuba sea la base de la inmigracion europea en la Isla: no vemos cómo ni por dónde. Que «España debe administrarse por sí misma, no quedando al Soberano más mision que la de representarla ante el mundo en el desenvolvimiento de su progreso,» palabras terminantes de *Las Noticias*, y que el Rey debe emprender cada primavera un viaje; esto es bueno para los *itinerant justices* de Inglaterra, no para el supremo Gerarca. Que América se fué separando de España porque jamás vió allí á sus Reyes: créanos *Las Noticias*; si se separó no fué por esas causas. En una palabra; querer lo que *Las Noticias* quiere es admitir la *menor cantidad de Rey*, como decía una frase célebre que acostumbrábamos á oír años pasados. Y basta por hoy acerca de tan importante y espinoso asunto.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

LA CREACION

En el primer origen de las cosas átomos era todo; se agitaba aquella inmensa mole, semejante á la niebla en los mares turbulentos que oprime el bóreas y estremece el rayo; mas su fúlgida luz derrama el día, se disipan las gasas vaporosas, torna la dulce calma, y recobran los mares su alegría.

Parece entónces que la madre tierra surge en aquel instante de las olas; diáfano queda el aire, azul el cielo; baña la luz la sierra y la extensa llanura; extiende murmurando sus hebras de cristal el arroyuelo; triscan los brutos, ábrense las flores, sopla el céfiro blando y el avecilla canta sus amores.

De igual manera, en toda su grandeza, aún más bello que el sol de la mañana, presentóse ante el caos, entre nubes de nácar y de grana, el Dios de la inmortal naturaleza. Huyó la noche de incontables siglos, brilló espléndido el día; llenaron el espacio himnos de amor, de gloria y de alegría; y como allá en los gigantescos Andes, cuando la primavera se desata, brota rico raudal que inunda el campo y corren por do quier sierpes de plata, brotaba de su mano un gran fluido, gérmen de union de extraños elementos. Los átomos volvieron á agitarse, los afines buscaron los afines, y en muy breves momentos formaron cuanto existe, al encontrarse.

Los planetas sinnúmero giraron cada cual con su atmósfera, sus séres y su sol de brillantes resplandores; las rocas se formaron, las montañas, los mares y los rios, los brutos y los peces y las aves, los montes, los insectos y las flores.

¡Oh! en aquella hora como nunca mostró naturaleza, sencilla, majestuosa, encantadora en sus variadas formas la belleza. ¡Cuánta diversidad! El elefante de la pequeña hormiga vióse al lado; tiende sus ramas el inmóvil cedro, y el alga fluctuante en los opuestos ámbitos del mundo borda las olas en el mar profundo.

Dios contempló su obra, y honda pena en su pecho sintió; ¡cuán solitaria

en medio de tan gran magnificencia le pareció, cuán triste, pues faltaba del hombre la presencia! Mas dada la creacion del organismo de este sér predilecto, la materia, las células, ¿podían formar su inteligencia, confusa union de amor y de egoismo? Más fácil fuera al Hacedor fecundo lanzar en el espacio todo un mundo, que á la mente del hombre nada iguala; mas ¡ay! que tiene en bárbaros afanes, gigante intelectual, en sus portentos, como el fisico mundo ígneos volcanes y procelosos vientos...

El Padre Omnipotente oprimió con su diestra poderosa su rubicunda frente; de su cerebro entónces salió el hombre y salió su apacible compañera, y al caer en la alfombra primorosa de césped y de flores, se sintió atormentado por el dardo cruel de los dolores, presintió con horror su desventura, y así exclamó postrándose de hinojos, y anegados en lágrimas sus ojos: ¡Piedad, piedad á tu infeliz criatura! —¿Cómo ¡oh Dios! me has mandado al viaje misterioso de la vida en un mundo á mi especie inadecuado? Todo en él me es adverso: el sol, el aire, la luna, el frio y el calor; de suerte que la vida es la lucha con la muerte. ¡Ay! que también, como la débil caña que combaten los fieros aquilones, esclavo del error y de mí mismo, el juguete seré de mis pasiones; la vida no es un don, es un abismo.

—Hijo—contestó Dios,—¡cuánta amargura siento al oír tu voz conmovedora! Con la industria y las artes dominarás la rústica natura. Te dejo un alma libre y pensadora. El que practica la virtud no teme, que aún entre los rigores de la suerte el justo es el feliz, el grande, el fuerte.

Dijo, y desapareció. ¡Qué negra angustia cubrió los palpitantes corazones del hombre y la mujer! Inconsolables, llamando al Hacedor, sus voces tristes aún á las mismas fieras conmovieron, y en aquellas bellísimas mansiones los ecos tras los ecos repitieron. Pero todo fué en vano, que entregado á su propio destino el hombre estaba.....

Mitigándose al fin el sentimiento, con dulce timidez pronto se acercan, se contemplan, se admiran, se estremecen, brota espontánea el habla, y llena el mundo el ráudo pensamiento.

Amor entónces, cual inmensa hoguera arde en sus pechos, y su luz derrama en el cuadro grandioso; y en las ondas del aire, repetida esta frase sublime y bendecida oye la creacion: ¡feliz quien ama!

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

LOS TRATADOS SOBRE PROPIEDAD INTELECTUAL
CON LAS REPÚBLICAS DE AMÉRICA

Hemos llegado afortunadamente á la época de la verdadera union de los pueblos por medio de las letras y de las ciencias. El período del laurel, árbol de brillante hoja, ha cedido su puesto al fecundo olivo; tras la fuerza la inteligencia, y con ella la paz, la prosperidad, la lucha poderosa y pacífica de la pluma y de la palabra que ha revuelto la constitucion de nuestro globo

para demostrarnos las conquistas de la ciencia y el poder de la humana inteligencia, cuyas conquistas son tan universales como la electricidad que, con sutil y poderoso alambre, rodea y estrecha el mundo, nuestro conmovido planeta.

Para aquella no hay fronteras, no hay aduanas; la palabra se enseñorea del espíritu, y la idea concebida en Europa germina en América, esa hija mayor de la vieja Europa, domina el campo del saber, y se establece la ley de la solidaridad entre ambos poderosos continentes.

Si algún día errores de gentes é ideas que ya pasaron pudieron separar á hijos de una misma madre, que hablaban un mismo idioma y pensaban de la manera que piensa y concibe el hijo educado bajo el concepto de las de su padre, pudo separarnos en mal hora, hoy ya no es posible; lo que bien pudiéramos llamar errores de familia desaparecieron, y Europa y América, España y sus antiguas colonias, se miran cual deben, serena su mente, lamentan las faltas por todos cometidas, y abrázase cual el hijo y el padre que se reconcilian, enaltecándose ante la consideración de las personas sensatas para relacionarse, amarse y unirse en su esfera de acción cada uno de ellos con la propia independencia de familias constituidas. Estréchense más y más cada día estos lazos de afección, contraidos por medio de la más noble de las causas, de las letras; y al echarse estos nuevos cimientos de la solidaridad de intereses de España y de las naciones americanas que traducen sus pensamientos por medio de la lengua de Cervantes, no es la política quien nos relaciona, sino la inteligencia quien nos aproxima, nos une y nos hace gritar ¡hermanos por idioma y sentimientos!

No son muchos, en verdad, los años que vienen trascurridos desde que las obras de los americanos nos eran sólo conocidas por los libreros franceses, verdaderos cuñados que han explotado en su favor nuestras familiares rencillas; y lo propio sucedía con nuestras obras, que si algún acceso tenían en las naciones americanas eran sólo por medio del corretaje de la Francia, que allá importaba nuestras producciones por medio de su corretaje. Ninguna relación teníamos con aquellas repúblicas; ellas para nosotros y viceversa flotábamos, puede decirse, en el mar de lo desconocido, y unos y otros ignorábamos nuestros adelantos, nuestros progresos literarios, y los nombres de nuestros primeros escritores eran tan desconocidos para aquellas naciones como lo era há poco para un llamado literato el nombre de Bello y del ilustre Montalvo.

Semejante separación entre hermanos no podía continuar existiendo, y por desgracia ya era mucho el tiempo trascurrido; la hora de la unión había llegado, y afortunadamente los hechos se imponen aún cuando las relaciones oficiales quieran permanecer refractarias al movimiento iniciado. Lo que ni la política ni la diplomacia había conseguido, intentábanlo ahora, en su modesta esfera de acción, los escritores, esos hijos de la pluma, jornaleros de la inteligencia que, llenos de una fe inquebrantable, persiguen continuamente los honrosos ideales de su mente abstraídos de las miserias de la vida.

Afortunadamente, esos jóvenes llenos de entusiasmo y de amor á una rama desprendida del fecundo tronco del habla castellana han conseguido su objeto. Hoy ya América es nuestra hermana en la ciencia; es más, somos unos en nuestra dualidad, puesto que podrá decirse que nuestras glorias literarias no son y pueden enorgullecer á América como propias, y las suyas no llenar de orgullo nuestro pecho cuando vemos

pensadores que nos eran tan desconocidos como Montalvo y sus *Siete Tratados*, y otros que pudiéramos citar?

Las glorias de la lengua castellana son de sus hijos, y estos lo son tanto y más cuanto más separados se hallen de la madre patria. ¿Quién podrá considerarse jamás extranjero en donde se expresen en su propio idioma? Merced á estas consideraciones, los mercados de las letras se abren, los libros penetran, y con la idea se modifican los pensamientos y se desvanecen crasos errores, sostenidos hasta el presente por la particular conveniencia de algunos. Hoy podemos decir que se borran las fronteras para las letras y las ciencias; y si la espada traspasa el cuerpo, la idea atraviesa el espíritu, le convence y reina después en él.

Cerrados en el rincón del olvido deben de hoy más quedar aquellos célebres obstáculos, y el momento, próspero de sí, hace que se le aproveche sin tardanza, y de ello tenemos ya patentes muestras en la activa iniciación de la útil, importante y beneficiosa *Asociación de Escritores y Artistas*, que ha trabajado cuanto es humanamente posible en que las bases de un convenio entablado acerca del reconocimiento del derecho de propiedad intelectual con Bolivia sea un hecho.

No há muchos meses que hemos terminado otro con Ecuador, y dado el primer paso cerca de estas Repúblicas, las demás vendrán por lógica consecuencia, pues que el interés propio hará que los derechos del trabajo intelectual obtengan la sanción legal establecida por un tratado. De hoy más no será para estas naciones *res nullius* el trabajo de la mente, y del cual pueda impunemente aprovecharse cualquiera osado, como ya en más de una ocasión ha sucedido: el tratado garantiza el derecho de la propiedad de su obra, del trabajo tal vez de treinta años sintetizado en treinta páginas, y establece penalidad á los defraudadores; y siendo ambos pueblos con España solidarios y representantes de los derechos adquiridos por los naturales de ambos países, queda por medio del registro garantizada aquella inscripción.

Establécese otro muy interesante punto que debe aprovecharse oportunamente y que estudiaremos en otro artículo: el derecho de la impresión en los establecimientos peninsulares, y considerándose aquellas obras como publicadas en el país contratante. Decíamos que muy oportunamente, por cuanto que nadie ignora que los cajistas de las imprentas de París, no contentos con los jornales con que se remuneraba su trabajo, se declararon en huelga, consiguiendo aumento de jornal y disminución en las horas de trabajo, con lo cual los dueños se vieron en la imprescindible necesidad de aumentar los precios de las obras que se ejecutaba en sus talleres, con lo cual los que habían necesidad de imprimir alguna obra huyeron de París y recurrieron á nuestra patria, recogiendo Barcelona en sus prensas aquel trabajo que huía de las exigencias. Esto ha de tenerse en cuenta para los trabajos que de América vengan á imprimirse en nuestro país, y además de ganar en exactitud las publicaciones por ser impresas en el lenguaje oficial de la nación, se reúne el conocimiento de ella en sus mercados naturales.

Y si no, dígasenos: ¿por qué las obras americanas se imprimían en Francia en español y no en francés? Por la sencilla razón de que sus autores las dedicaban más á los mercados americanos que á los europeos en que el idioma dominante es el francés, y que no lo hacían en España por los obstáculos citados.

Además hay otros medios de relacionarnos con las Repúblicas americanas, y este medio es

el que tenemos establecido con algunas naciones europeas y con los Estados-Unidos americanos. En virtud de la conferencia de Bruselas en el año 1879, se establecieron las bases de los *Cambios internacionales de publicaciones*, y aunque algo friamente por todos los países convenidos, excepción hecha de los Estados-Unidos que continúa remitiendo periódicamente sus publicaciones, con Francia hemos hecho el cambio más importante verificado hasta el día de hoy por el número y calidad de sus obras. Pues bien: celébrese otra conferencia si se quiere, ó mejor, introduzcase un nuevo artículo que consigne la obligación de verificar el cambio de sus publicaciones de ambas partes contratantes, y de esta suerte podremos tener un testimonio fehaciente del movimiento y actividad literaria de cada país.

Llévese con el empeño demostrado hasta hoy, y al que ayudaremos con nuestras escasas fuerzas; relacionemos los representantes de aquellos países con nuestro Gobierno, academias, ateneos, sociedades y nuestros literatos, y hágase, á imitación de los españoles de San Francisco de California, que han establecido por su iniciativa una *Biblioteca Hispano-Americana*, punto en que relaciónanse los que hablan la lengua española, y para el fomento de la cual el Ministerio de Fomento le ha concedido una escogida colección de obras de las que publica ó auxilia dicho centro, puntos en que españoles y americanos se reúnan y conozcan.

Unamos nuestras fuerzas, y apoyados con el valioso auxilio de los representantes de aquel continente, llevemos adelante el noble pensamiento de unir por el afecto lo que está unido por la naturaleza, y coloquémonos en el lugar que entre las naciones latinas nos corresponde por antigüedad y servicios de la gran familia española para que sea uno su afecto en su literatura y en su importancia social. Ya que los tratados que hemos citado vienen á garantizar la más noble de las propiedades, la de la inteligencia, apoyemos los que á América amamos el pensamiento, y coadyuemos á que el pueblo que dió cuna y lenguaje al *Quijote* sea quien inicie la unión americana y española por las letras, las ciencias y las artes.

JOAQUIN CASAÑ.

CORRESPONDENCIA

Nuestro apreciable corresponsal de la ciudad del Carmen (Estado de Bolívar, provincia de Cartagena), nos favorece con el siguiente escrito, que insertamos con gusto, así como publicamos complacidos la carta de nuestro discreto amigo el Sr. Pineres, de Panamá:

Carmen 29 de Agosto de 1883.

Sr. Director de Los Dos Mundos.

Doy principio á mi correspondencia escribiendo á grandes rasgos una revista de Colombia, y comenzaré con la

Producción.

Este rico país tiene por delante un brillante porvenir: riquísimas minas de oro, plata, hierro, cobre, esmeraldas, etc.; magníficos terrenos para la agricultura, abundante pesca, caza; ríos navegables, magníficos puertos hácia nuestras extensas costas del Atlántico y del Pacífico; abundantes maderas de construcción y de tinte; terrenos vírgenes muy feraces provistos de todo género de elementos para el trabajo productivo, que convidan sin tregua á los habitantes del antiguo continente á venir á establecerse en su fértil suelo.

Ya principiámos á sentir la corriente que debe establecerse no muy tarde; en el río Sinú (los antiguos decían: desgraciado el Perú si se descubre el Sinú) se ha dado principio á los trabajos en grande escala de